

Introducción

El presente texto recoge los resultados de la tesis de doctorado en Ciencias Sociales denominada *Los símbolos del Formativo en los Andes Centrales (3500-1600 a. C.). Arquitectura, rituales y astronomía* (Guzmán, 2021a) y realizada por el autor en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, con mención en la especialidad de Antropología. Sin embargo, se trata de una investigación que parte desde la mirada de la arquitectura y busca comprender las lógicas de organización —espacial, temporal y social— a partir de las cuales se construyeron diversas estructuras habitacionales que se expresaron en símbolos formales a través del diseño de asentamientos y edificios, en el contexto de los Andes norcentrales, para el periodo denominado Formativo Inicial, que abarca aproximadamente entre los 3500 y los 1700 a. C. y que representaría una parte del sistema de pensamiento andino dentro de una mirada temporal. Es, en el fondo, una lectura antropológica de la arquitectura, que pretende ver, más allá de las formas, los usos intensos de los espacios, donde interactúan las personas, tanto cotidiana como extraordinariamente. Los espacios en contacto solidario con el territorio, en cuanto articulación equilibrada, por una predisposición y una urgencia en comprender los ciclos vitales de la naturaleza, fueron los que propiciaron la aparición de la instrumentación (Earls y Silverblatt, 1985 [1981]) sobre los recursos existentes para la subsistencia —tanto humana como no humana (Ikehara, 2020; Viveiros de Castro, 2004)— y la convivencia social.

Se plantea la existencia de una relación solidaria constante entre las tres dimensiones aludidas, que se daría por la orientación de los ejes de los edificios (arquitectura) y los eventos astronómicos determinados, que pudieron haber organizado socialmente el tiempo por medio del establecimiento de calendarios (rituales), en correspondencia con un panorama de referentes físicos que se constituyeron en un paisaje simbólico sacralizado en contacto con los astros (astronomía). Esos edificios ceremoniales serían la

manifestación consciente de conocimientos especializados y de la memoria social, que se vivifica constante y recurrentemente por medio de las celebraciones rituales aludidas, las cuales, en diferentes medidas, condicionaron el diseño de los espacios. En la arquitectura como símbolo, predominan sobre todo los modelos denominados «edificio de plataformas» (EP) y «edificio circular» (EC), en una tensión acotada por la oposición y la complementariedad. Aquí se postula que la temprana arquitectura evidencia uno de los conceptos andinos de fundamental importancia en la comprensión de la vida como equilibrio de fuerzas: *yanantin*, la paridad.

La complejidad alcanzada por las sociedades asentadas en los Andes centrales desde hace aproximadamente 6000 años —como producto de los procesos de neolitización¹— se verifica cada vez más por medio de las investigaciones arqueológicas e interdisciplinarias, así como por los estudios especializados acerca de la arquitectura y sus diferentes escalas: el paisaje cultural, la construcción de los establecimientos y el diseño de sus edificios. La presente investigación inicia con énfasis en los diferentes criterios de la disciplina arquitectónica, y busca interpretar las formas de organización del espacio, basándose en los principios y los hallazgos de la arqueología; pero, al mismo tiempo, tratando de entender, desde la antropología, ciertos códigos simbólicos por los cuales las sociedades han resguardado conocimientos tecnológicos y sabiduría acerca del cosmos, en la materialidad de sus objetos culturales y en su constante regeneración: la arquitectura como sistema de comunicación, como fenómeno cultural realmente cotidiano, dinámico, experimental y perceptivo, donde lo más valioso es el contacto, la vivencia, la interacción y el ritual. Se busca entenderla como fenómeno no solo formal o tipológico, sino desde su concepción social y consciente en sí misma, es decir, como construcción de una «memoria materializada» (Kaulicke, 2001, pp. 18-21) que, si bien alude a representaciones sociales, ello implica también pensar desde abajo, en las personas —quienes la hicieron factible materializándola— y en los grupos minoritarios, desde su agencia, sus intereses y sus interacciones.

1 La neolitización (Fung, 1999) en los Andes centrales corresponde al desarrollo alcanzado por las antiguas sociedades durante los procesos de domesticación de plantas y animales, y de sedentarización, expresada en el establecimiento y consolidación de los primeros asentamientos, lo que ocurre aproximadamente entre los 7000-8000 y 3500 a. C.

Se presentan los resultados de los análisis y las aproximaciones de interpretación de los sitios arqueológicos Sechín Bajo (en el valle del río Sechín), Las Aldas (en el valle del río Casma), Caral y Áspero (en el valle del río Supe), Bandurria (en el valle del río Huaura) y Shicras (en el valle del río Chancay), ubicados en cuatro diferentes valles (los valles Sechín y Casma pueden entenderse dentro de una unidad regional) y cercanos al litoral, de tal manera que comparten ciertas características ambientales del área de la costa norcentral andina. La problemática gira en torno a contribuir en la resolución de vacíos referentes al conocimiento de la arquitectura como forma de expresión simbólica relacionado con la construcción de códigos de pensamiento sociales en la organización del espacio y del tiempo. Aquí, se encuentra la interrelación entre arquitectura, rituales y astronomía. En los periodos iniciales, se aprecia en la arquitectura un manejo constante de recreaciones simbólicas arraigadas fuertemente al significado de la subsistencia y la regeneración; por lo tanto, se trata de una mirada de la arquitectura en clave simbólica, cuyos resultados son los paisajes sacralizados.

La arquitectura, entendida como fenómeno complejo y no solo como objeto material o edificio arquitectónico, se presenta como lógica de diferentes procesos sociales de producción y de regeneración, haciendo referencia a sistemas que responden a aquella condición humana de subsistencia, acotada en situaciones concretas territoriales y temporales. El estudio de la organización espacial debe ponderar las escalas diferenciadas: el territorio como extensión y envolvente, las conformaciones de los asentamientos y la configuración de los edificios, de tal manera que el manejo de cada uno de ellos está implícitamente referido a las concepciones y los criterios del oficio arquitectónico, a sus conocimientos especializados, que en el fondo apuntan a la construcción edilicia, a la obra² en el sentido de participación y a la estructuración del paisaje simbólico social. En el territorio andino, ello se ha dado desde hace más de 6000 años. Entendiendo la arquitectura como resultado de dicha producción social, sería posible percibir ciertas

2 «Arquitectura, pues, designa obras. Y obras son aquello que es producto de un obrar, y todo obrar implica un obrador —un obrero—. Las obras de arquitectura no son objetos que estén ya allí, sino que, para que estén, alguien tiene que hacerlas. Llegan a existir por el obrar —por obra— de alguien» (Vaisman, 2015, p. 19). Además, Criado-Boado (2018), refiriéndose al pensamiento de Heidegger, señala que «reflexionó sobre cómo el ser se refleja en el habitar y este en el construir hasta el punto de que la *construcción* y sus formas dan razón del ser y su pensar» (p. 30, resaltado nuestro).

manifestaciones de sus formas de pensamiento, donde la arquitectura se convierte en representación de la cosmovisión y de sus estructuras simbólicas. Se trata, entonces, de una interpretación mediada temporalmente por la contemporaneidad actual; sin embargo, apuesta por reconocer ciertos elementos constantes y recurrentes.

A partir de los trabajos pioneros en Kotosh (Huánuco) a cargo de la Misión Japonesa, desde 1960, con la propuesta de la tradición arquitectónica mito, en las recientes décadas se ha incrementado el interés primordial por el conocimiento y el entendimiento de la emergencia³ de dichas sociedades complejas. Las evidencias señalan que ello se habría consolidado en el cuarto milenio a. C., época que era denominada «Arcaico Tardío» y que ahora es reconocida como Formativo Inicial⁴ (3500-1700 a. C.), en la que, aparte de objetos culturales, la arquitectura se revela como realmente compleja. La inexistencia de la cerámica en esa época —como uno de los indicadores para el ordenamiento cronológico de las «culturas»— genera una mirada hacia transformaciones mayores, como los asentamientos, los edificios o el territorio y su paisaje.

En la disciplina arquitectónica, se puede reconocer una serie de especificidades propias de su lógica constructiva o vivencial, que involucra desde la experiencia del espacio hasta el reconocimiento de la existencia de trazos implícitos calculados en el diseño y las técnicas constructivas particulares, que implican una especialización y sugieren la diferenciación social señalada, lo que conlleva tensiones e interacciones cotidianas entre las personas.

3 Ver, por ejemplo, la publicación de Burger (1993b) sobre el surgimiento de la civilización, un compendio de artículos con propuestas donde se pondera el fenómeno chavín a partir de las complejas redes de intercambio, cultural y religioso, que lo antecedieron e hicieron posible la consolidación de un proceso civilizatorio particular.

4 A partir de enero de 2011, luego de haberse reunido una serie de especialistas en el Museo Nacional —como Luis Lumbreras, Peter Kaulicke, John Rick, Ruth Shady, Yoshio Onuki, Ignacio Alva, Peter Fuchs, entre otros—, sustentados justamente en dicha lógica del concepto de formación de la complejidad, se ha convenido en definir a dicho periodo temporal como Formativo Inicial, que antes se denominaba Arcaico Tardío (3000-1600 a. C.) (Shady, en conversación personal, setiembre de 2013), por lo que en adelante será nombrado así. Sin embargo, antes, en la publicación de Yasutake Kato y Yuji Seki de 1998, ya se había propuesto una reformulación de la terminología cronológica para el Formativo, dividida en cinco periodos: Inicial (2500-1800 a. C.), Temprano (1800-1200 a. C.), Medio (1200-800 a. C.), Tardío (800-250 a. C.) y Final (250-50 a. C.) (Seki, 2014, p. 6). Habría que añadir, además, la precisión en el rango temporal para este Formativo Inicial, señalada en el cuadro cronológico de Peter Fux (2015b): con el lapso de años entre 3500 y 1700 a. C. (p. 30), dentro de la reciente publicación *Chavín*, y en donde los diferentes investigadores convienen con esa propuesta.

Desde allí es necesario propugnar, entonces, dominios propios, como su definición de la concepción del espacio⁵ o su reflexión, que lamentablemente en algunos casos se han soslayado o ignorado desde la propia disciplina arquitectónica; por ejemplo, cuando se induce su jerarquía solo por el carácter estético o formal, o cuando es concebida con cierto «positivismo» como lugar-receptáculo de objetos desde la propia investigación arqueológica. Se insiste, por ello, en el entendimiento del fenómeno arquitectónico como complejidad social, y en correlacionar las elaboraciones formales con los sistemas de pensamiento, a partir de una antropología de la arquitectura. El objeto de estudio es la realidad material de la arquitectura, que conlleva en sí procesos dinámicos de interacciones sociales y, como parte de su cosmovisión, una simbolización resultante.

La interpretación de la organización espacial y sus modelos estructurales o perceptuales ha sido escasa y resulta en concepciones generales sobre aquellos establecimientos realmente contruidos de acuerdo con cosmovisiones *otras*. Sería fundamental acercarse a entender las estructuras ideológicas que coadyuvaron a la toma de decisiones, y a concretar el proceso de producción con la ejecución de su fábrica: desde las transformaciones del territorio y sus diferentes formas de ocupación hasta la complejidad en los diseños de sus edificios y su consecuente definición de recorridos, los que en conjunto señalarían ciertos modelos de organización vivencial, enfatizando las épocas de «emergencia» y «complejidad social» aludidas. Así, el problema de reflexión general pretende responder la siguiente pregunta: ¿cuáles fueron los factores que hicieron posible la existencia de estructuras arquitectónicas que incorporaron en su configuración espacial las mismas características formales y simbólicas dentro de los Andes norcentrales? Es decir, se busca mirar la recurrencia de dichas configuraciones espaciales y tratar de comprender su relación directa con las estructuras o sistemas de pensamiento andino. Desde allí, se ha buscado identificar cuáles son las características, principios o conceptos que pudieron sustentar la planificación y los diseños de asentamientos y edificios en las

5 Resulta reveladora la reflexión de Criado-Boado (2018) acerca de la pertinencia conceptual del espacio en sí, cuando dice que «un medio para reenfocar el problema real sería buscar el concepto de espacio que produce los fenómenos espaciales, en la creencia de que lo que ha sido olvidado es que más allá de los monumentos y los paisajes, está el espacio mismo» (p. 30), y refiriéndose a ellos —arquitectura y paisaje— indica que son ante todo «espacio entendido no solo como el medio físico, sino también como abstracción, como idea, como saber» (p. 31).

antiguas sociedades andinas durante las épocas iniciales. El análisis y la interpretación apuntan —a partir de las conexiones interdisciplinarias, referidas a los procesos de la arquitectura, a los contextos de arqueología y a las lógicas estructurales de la antropología— a la comprensión de aquellos modelos espaciales, que responderían a patrones culturales de la organización social.

Asimismo, a partir de ello se ha buscado responder los siguientes cuestionamientos específicos: ¿cuáles fueron las características principales de las preexistencias espaciotemporales en el territorio en el que se asentaron aquellas sociedades?, ¿cuáles fueron los atributos formales, funcionales y conceptuales que se podrían inferir a partir de la organización espacial y la tipología arquitectónica de los asentamientos?, ¿la recurrencia de los modelos arquitectónicos en los diferentes lugares de los Andes norcentrales permitiría sostener la existencia de patrones simbólicos compartidos coetánea y diacrónicamente?, ¿cuáles fueron los conocimientos tecnológicos utilizados en los procesos de construcción y cómo fueron parte de la especialización y la organización social? y ¿fue la arquitectura un medio de representación simbólica codificada para la construcción de la memoria social durante el Formativo Inicial?

El énfasis en el estudio de edificios de los periodos iniciales busca aportar a la «historia de la arquitectura andina» y a la correlación entre las lógicas de organización espacial y las estructuras sociales, es decir, a ciertas posibles evidencias de orden antropológico, ya sea en el acercamiento a los principios de diseño como conceptos, a los procesos de producción constructiva que implican sistemas sociales o a las maneras particulares de consumo de los espacios, de tal manera que se pueda comprender la arquitectura no solo como forma-objeto, sino como lugar de intensas actividades sociales, para lo cual se basa en los criterios arqueológicos y en las investigaciones específicas existentes para los casos definidos. Se ha efectuado un reconocimiento empírico de los «sitios arqueológicos», de forma que se pueda comprender los vínculos espaciales y temporales, el contexto, el territorio y algunos eventos astronómicos. A pesar de que la arqueología, como disciplina científica, se encuentra empoderada por el manejo teórico y práctico y por su narración y discurso, en correlación al desarrollo de otras ciencias y especialidades, el objeto mismo de estudio, en este caso, corresponde al quehacer arquitectónico, a los edificios y a su contexto. Por ello, la mirada va hacia la construcción y los procesos

de producción social que implican su organización. A nivel teórico, hay una carencia en la comprensión de los procesos de la «arquitectura andina antigua», y las definiciones y los conceptos generalmente son imprecisos o marcados por enfoques de otros contextos civilizatorios con grandes diferencias. De otro lado, lo fundamental es la interacción complementaria disciplinar, como aquella dimensión antropológica para acercarse al espacio: la condición humana y su aspecto simbólico en las reconfiguraciones espaciales, que podrían estar materializando ciertas estructuras conceptuales de estas antiguas sociedades andinas.